

# Lo que se dice, en los registros

Manuel Rubio

[rubjuanmanuel@gmail.com](mailto:rubjuanmanuel@gmail.com)

1 de noviembre de 2013

*“Entre ellos no ocurre otra cosa sino que conversan... El analista hace venir al paciente a determinada hora del día, lo hace hablar, lo escucha, luego habla él y se hace escuchar”*

Freud, S. ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial

*“¿Qué es la clínica psicoanalítica? No es complicado, la clínica tiene una base: es lo que se dice en un psicoanálisis”.*

Lacan, J. Apertura de la sección clínica. 1976.

Lo que guía estas notas es cómo abrimos un campo ante una situación que se presenta como problemática, lo cual permitirá tematizarla de un modo u otro, dando cuenta de ello en los conceptos que utilicemos y la formalización que hagamos.

Cuando Freud plantea al psicoanálisis como conversación, pone el peso de la misma en el analista, ya que señala que es quien **hace ir al analizante, para hacerlo hablar**, y no sólo **lo escucha** sino que cuando él habla también cae sobre él **el hacerse escuchar**.

Lacan, en cambio, pone el acento en **lo que se dice**, con lo cual no señala de dónde surge ese decir, aunque sí marca la singularidad de ese encuentro, pues es “**un análisis**”.

La expresión que nos sirve de título ya la había utilizado antes, en una conferencia en Milán, de mayo de 1972, donde aparece como: “Es el hecho del que se diga, es el decir, lo que está detrás de todo lo que es dicho que es algo que viene a surgir en la actualidad histórica”.

Aunque, seguramente lo que evocamos es: “**Que se diga queda olvidado tras lo que se dice en lo que se escucha**” de *L’etourdit*, donde además acentúa que es necesario que el decir quede “olvidado tras lo dicho” y un elemento muy importante está “en lo que se escucha”.

Cuando lo toma en la clase 12 del Seminario 19 asevera: “Todo lo dicho es semblante, todo lo dicho es verdadero, y encima de todo, todo lo dicho hace gozar: todo **lo que es dicho**. Y tal como lo repito, como lo he vuelto a escribir en el pizarrón: “**que se diga** como hecho -el decir- **queda olvidado** detrás de lo que es dicho. **Lo que es dicho** no está en ninguna otra parte más que en lo que **se escucha**”.

Pero, habilitado en lo que se escucha, ¿qué se dice en un análisis? Por cierto que no síntomas de la semiología psiquiátrica, sí síntomas como formaciones de lo inconsciente. Pero, ¿tematizándolo así agotamos la clínica? Hay un camino del cierre imaginario del primero a la apertura a un desciframiento simbólico, pero, ¿el encuentro con una punta de real queda agotado con la consideración de las formaciones de lo inconsciente? O se pueden diferenciar varios fenómenos abarcados habitualmente por esta nominación.

Para mostrar a qué me refiero, parto del efecto que le causó a una analizante oír de otro modo su nombre. Se sorprende ante esos sonidos, tan conocidos, pero que sin embargo le generan un instante de perplejidad, de sideración podríamos decir. En lugar de “Anabella”, lo que le suena es “Ana vela”. Hubo un pequeño torcimiento sonoro, pero que la confronta con una situación de duelo de la que nunca había hablado en análisis y muy pocas personas sabían.

Situaciones clínicas como ésta seguramente todos podemos recortar. ¿Cómo dar cuenta de ellas?

Tengo la impresión que a fenómenos como éste, se los puede diferenciar mejor a partir de lo que Lacan trabaja en los últimos seminarios, pero ya estaban considerados dentro de la lectura de las formaciones de lo inconsciente. Así como un lapsus aparece en el decir (*lapsus linguae*), acá aparecería en el oír. Podríamos considerar que es del mismo orden de retorno desde lo inconsciente. Sin embargo, consideraciones de los seminarios posteriores tal vez permiten una dilucidación de aspectos que no estaban discriminados y por lo tanto nos ofrecen una apertura de la clínica y del poder dar cuenta de ella.

Si esto fuera así, no será igual el operar del analista si lo que busca es develar un sentido perdido, que hizo trastabillar al fantasma, en procura de que ese retorno que se

lee en el síntoma pueda generar un “sentirse mejor”, no es lo mismo, digo, que si a eso que se muestra se lo considera como una aparición única –no del retorno en la repetición- y, que en lugar de un aporte de sentido lo que se procure en el operar del analista sea la sustracción del mismo, no un llenar sino un vaciado de sentido.

A partir de ello se puede formular una pregunta en torno a estas dos operatorias: las de búsqueda y aporte o las de sustracción y vaciado de sentido. ¿Se labora sobre el mismo material con dos modos distintos de abordarlo o, al modo de lo que ocurrió con la diferenciación entre las epistemes de la mirada y la escucha, se trata de haber generado recortes distintos? Está implícita la situación de si el operar del analista genera el modo de trabajo de sus analizantes y, quizás forzando un poco el planteo, ¿será distinta la consideración de la regla fundamental?

Tal vez la misma pregunta requiera una aclaración. Qué entendemos por “mismo material”. Fue algo dicho en un análisis, por lo tanto si consideramos por material a “lo dicho”, es el mismo. Pero, este es tal en tanto se “lo escucha”. Por cierto que es amboceptor, empecemos por considerar al analista.

De posicionarnos en la operatoria de la búsqueda del sentido perdido que retorna, ese material aparece en una “escucha” del dicho, en tanto se lo considera como “habla” (parole) a la que se lee. Para ello se toma al lenguaje por su condición de sistema de diferencias, donde cuentan los fonemas, por ejemplo entre “casa” y “cama” el “sa” y el “ma” permiten esa diferencia. Siguiendo esa línea, en tanto significante en relación a los otros significantes de la cadena, es donde toma su sentido, operando ello como con-texto. El operar será, entonces, por la linealidad del significante, propia del olimpismo de las palabras, en el sentido de escribirlas como una cadena olímpica. Recordemos la importancia de la operatoria sintagmática y el valor de la metáfora en la construcción del síntoma.

Sin embargo, ¿es eso lo que le ocurrió a esta analizante? Podemos plantear que no, porque lo que la dejó en ese **estado de perplejidad**, momentáneo por supuesto, fue el peso del sonido que oye; es ahí donde se encontró siderada y en ese **pequeño desvío sonoro** parte hacia otro lado. Que, por cierto, luego de ese corte, no puede no armarse sino en un semblante, significantes por cierto, pero, ponemos en consideración ese

instante y las consecuencias de atender a él. ¿Es el mismo material? En tanto que fue dicho, sí, sin embargo el peso no estuvo en su condición de habla (parole) sino de vocablo (mot), por el sonido del mismo que permitió ese desvío. En esta línea estaría el modo como Lacan trabajó con la lengua desde la lingüística.

Por lo tanto, no creo que tenga el peso de lo que ocurrió con la aparición freudiana y que delimitó una *clínica naturalista* propia del campo epistémico de la mirada, tan trabajada por Foucault, entre otros, diferenciada de una *clínica de la escucha* en la que nos encontramos en el psicoanálisis. Sin embargo, hay algo que no debemos perder en este tipo de fenómenos y por cierto requieren una nominación.

La cuestión que guiará lo que sigue se refiere a la posibilidad de que este último planteo ya esté en el lenguaje mismo, revelando otra cara de la palabra, pero que requiere, para sus efectos, de otro modo de operar, en la lectura o la escritura, sobre él.

Para considerarlo voy a tramar lo que diga con lo que trabajamos en Mayéutica, a partir de la enseñanza de Harari, en especial en los últimos años de su transmisión, mencionando para la ocasión la importancia de reconocer la condición de las **palabras-valija**. Aprovechando tal planteo relevemos una de sus propuestas:

*“a) se trata de considerar el texto como un ‘texto-valija’; b) cabe sostener que cada palabra es virtualmente una palabra-valija (...); c) queda así abolido todo con-texto”*

Seguramente cada uno podrá dar cuenta en su clínica de muchas situaciones, como el operar sobre un texto al modo de: “En lo que he sido”; ¿enloquecido? O, por los dichos sobre uno de los hijos alguien pregunta: ¿Bien el niño? Ante lo que el interpelado responde: “Sí, muy pronto, el mes próximo”. Escuchó: “viene el niño”, teniendo presente que la esposa cursaba un embarazo de 8 meses.

Sin embargo, podríamos decir que con el **desvío** de Anabella sucedió algo más. Desarrollar estas afirmaciones requeriría un tiempo del que no contamos, sí quizá mostrarlo. Se podría pensar que lo que sucedió es lo que conocemos como la escansión, que implica un corte por las líneas horizontales de la palabra, donde, por ejemplo, resultaría Ana-bella. Sin embargo, insisto, hubo sí **un corte**, pero, **a partir de un**

**cambio de sonido** y que abrió hacia otro lado, no en la continuidad, por más que sea mínima la diferencia entre bella y vela. También me parece importante resaltar que el mismo **significante** “vela” recortado, **no operó en la polisemia** del mismo (la que alumbra, la que empuja la embarcación...) sino que presentificó un duelo, imponiéndose en su **condición de único**. En su aparición no hubo una operatoria de sustitución, no encontró el sentido en la diferencia con otros significantes que hicieron de contexto, sino que cabría decir que **lo hizo estallar** en tanto Anabella y apareció **un significante nuevo**, no porque sea un neologismo o novedoso en la lengua, sino **por el efecto**.

Si hacemos caso a lo que sucedió, siendo que se acepte lo que venimos mostrando, y lo pensamos desde lo que Harari trabaja como el **operar con el realenguaje**, tomando a Anabella como una palabra-valija, podemos aceptar que hay un **embutido de otras palabras que ya están ahí**. Para captarlas se requiere recurrir a la **descomposición de la palabra**, considerando que la relación entre sus elementos es precaria.

Salgo ya del “caso clínico”, y aprovecho el significante Anabella en su estallido como para mostrar este operar. En la misma palabra-valija se encuentra incluida no sólo **Anabel, Abel**, ya ,con cambio de sonido **b(v)ela, Ana b(v)ela, ab(v)e, nab(v)e**, sino que, al modo del trabajo de Deleuze con el pliegue, **ala**, desde donde se puede construir “**a la nave**”, también a través de una lectura desde la “b” hacia la derecha, leyéndolo primero y luego de la “b” hacia la izquierda, con cambio de sonido “**ella b(v)ana**” o, extrayendo el “na” y trasladándolo hacia el final, con cambio de sonido, “**avellana**”, así como **balean, banal...** en un **juego anagramático** que no es infinito, porque **las letras le ponen su tope**.

Consideramos la afirmación de Harari sobre cada palabra de la lengua, tomamos incluso un nombre propio trabajado como tal. La otra cuestión es la afirmación de que es **sin con-texto**. En lo que mostramos, cada una de esas palabras, que residen en la palabra Anabella, no requieren de tal con-texto –la cadena significante- para aparecer en su escritura, sólo **remiten, en su aparición, a sí mismas**, “no lanza hacia la procura de asociaciones exógenas”, vasta para ello el “levantamiento del velo fálico”, abriendo, la palabra-valija, desde el no con-texto, a un plurisentido paradógico.

Ante la pregunta de si es posible diferenciar estas últimas cuestiones de lo considerado sobre las formaciones de lo inconsciente en la apertura–cierre de lo inconsciente vuelvo a citar a Harari, diferenciando la **evidencia del sesgo**:

“el todo –solidario de la lógica fálica- es evidente; en cambio, para concebir la lógica del no-todo, debemos instrumentar la operatoria emblemática por el término *évider*. Sí, en vez de inclinarnos ante la e-videncia, optamos por la *bé-vue*; en vez del acuerdo visivo de orden acrítico y multitudinario, nuestra ‘óptica’ se encarrila conforme con un mirar sesgado, torcido, diferencial”.

El efecto de “**la una equivocación**” es el de sideración, estupor, perplejidad. La consideración del material es como un archipiélago de letras, no de un sistema al modo de “estructurado” como un lenguaje. El efecto que en estos fenómenos se considera es **vez por vez**, porque no apunta a un orden de remisiones.

Al respecto, es de reconocer la dificultad de traducción del título del seminario 24. Sólo destaco un punto, en relación a la “equivocación”, junto con el problema del empleo del partitivo en francés, se la ha tomado como “de” la una equivocación o “por” la una equivocación. Lo insabido que sabe de/por la una equivocación, conlleva a saber de ella o a través de ella (es esta última acepción la que transita estas consideraciones).

El desliz que podría cometerse, me parece, que sería el considerar trabajar con el fragmento desconociendo que hay un orden de semblante, en que se sostiene el analizante. Puede haber estallido del significante si hay significantes para estallar y que, a partir del significante nuevo, el analizante sepa hacer allí algo con eso. Reconozco la dificultad planteada por una cierta anticipación en estos dichos.

Una cuestión pendiente será si se pueden postular tiempos del análisis según las operatorias mencionadas, o si esto ya es tratar de encorsetar nuevamente en un proceso estructurado el movimiento sesgado del análisis mismo.